



materiales 8

para una política teológica cristiana

Cf. www.arzobispodegranada.es
 en el blog: Ciudad de Dios y de los hombres

Texto nº 8: La pobreza del liberalismo.

Alasdair MaIntyre, *Against the Self-Images of the Age*, Duckworth, London, 1971 (reprint, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1978), capítulo 23: Epílogo filosófico y político: una visión de la obra *The Poverty of Liberalism* ["La pobreza del liberalismo"], de Robert Paul Wolff.¹

Puesto que voy a intentar criticar algunas de las posiciones de Mr. Wolff muy en profundidad, tengo el deber al comienzo de expresar a la vez mi acuerdo con él y el sentido de deuda que tengo para con él. En la tarea de criticar al liberalismo desde la izquierda de un modo más creativo que el de muchas de las polémicas izquierdistas soy su aliado; y Mr. Wolff ha abierto el debate con una batería de argumentos que es a la vez convincente y sugestiva, de la que todos nosotros podemos aprender. Por lo tanto, no es por un deseo de ser tiquismiquis por lo que me voy a concentrar en nuestros desacuerdos. Mi estrategia será la de comenzar con una serie de objeciones verdaderas, pero relativamente superficiales; para mostrar después por qué esas objeciones llevan a una serie más profunda de objeciones a la visión que tiene Wolff del liberalismo; y para criticar finalmente el radicalismo de Wolff.

El argumento de Wolff implica tres afirmaciones fundamentales (entre otras). La primera es que la causa del liberalismo se mantiene o cae con la causa del utilitarismo. Wolff identifica la doctrina liberal con la doctrina utilitarista de John Stuart Mill sin matices visibles. La segunda es que el liberalismo apela sólo a los individuos y a valores individualistas. Wolff afirma que el liberalismo aprecia las relaciones sociales sólo como medios para los fines de los individuos y que el liberalismo carece de todo concepto de comunidad como un fin y de la

¹ Robert Paul Wolff, *The Poverty of Liberalism*, Beacon Press, Boston, 1969.

vida comunitaria como como fuente de fines. La tercera afirmación de Wolff, que es por la que voy a considera primero en profundidad, es la que hace referencia, no a la pintura que Wolff hace del liberalismo, sino a su propia posición alternativa. Wolff se distingue a sí mismo de algunos otros radicales porque defiende que en la sociedad americana moderna “el pueblo”, “la gente”, no está de hecho privada de poder por una élite poderosa, y privada de tal manera que no tiene remedio. Los americanos están de hecho gobernados “por defecto”, y malas políticas como las que resultaron en la guerra de Vietnam fueron llevadas a cabo con la connivencia activa de un público que era “demasiado estúpido o demasiado vicioso” (p. 114) como para actuar de otra manera.

Las tres afirmaciones reclaman una crítica severa. La primera en particular invita a la réplica de que el liberalismo, a lo largo del tiempo, se ha asociado a sí mismo y ha derivado sus garantías de muchas teorías muy diferentes y de hecho incompatibles entre sí, y que por ello no hay ninguna razón para asociarlo particularmente con el utilitarismo. Locke, los materialistas franceses, y T. H. Green son pensadores de un tipo muy diferente al de John Stuart Mill y unos de otros; pero todos ellos dieron soporte filosófico a unas actitudes que podían ciertamente reclamarse como liberales. Más aún, y en relación con la segunda afirmación, está claro que T. H. Green, que tiene unos motivos como el que más para llamarse liberal, tenía un sentido tan fino de los defectos del individualismo y de la importancia de la comunidad en cuanto fuente de fines como el que pueda tener el mismo Wolff. El liberalismo ha sido con frecuencia, pero no siempre o necesariamente, individualista en sus valores. Sobre el tercer punto sólo quiero hacer notar que el mismo Mr. Wolff ha recogido aquí una posición esencialmente liberal; a saber, que si “la gente” tiene constitucionalmente acceso a los medios del ejercicio del poder y dejan de usar ese acceso que tienen para establecer unas políticas inteligentes, entonces es que son unos estúpidos o unos viciosos. El liberalismo siempre considera al pueblo, a la gente, o como carente de poder o como moralmente responsable de las opciones políticas que se toman. Que “el pueblo” pueda tener acceso constitucional a los medios de ejercer el poder, pero pueda sufrir de una visión ideológicamente distorsionada que tiene por sí misma raíces sociales profundas, y que eso pueda estar sucediendo en la América actual, eso es una posibilidad que parece quedar siempre fuera de la perspectiva liberal.

Voy a volver sobre este punto más adelante. Pero por el momento voy sólo a notar que el retrato que hace Wolff del liberalismo es sumamente selectivo, y arbitrariamente selectivo. Y sin embargo, considero que esta objeción a sus puntos de vista es relativamente superficial, porque, si lo que Wolff nos ha dado es una versión del liberalismo tan parcial y tan distorsionada como la de una caricatura en lugar de un retrato preciso, eso es exactamente lo que nos ofrece el liberalismo mismo en cualquiera de sus muchas versiones, siempre que presenta una determinada versión del liberalismo como *la* doctrina liberal esencial. ¿Por qué se presenta el liberalismo de esta manera? Un defecto mucho mayor en la presentación de Wolff es que no nos da medio alguno para responder a esta pregunta. Esto puede ser porque Wolff no ha caído en la cuenta de dos aspectos cruciales del liberalismo, aspectos ambos que tienen que representar un papel esencial en cualquier explicación de por qué el liberalismo ha sido capaz, y a la vez ha estado siempre dispuesto, a aliarse a sí mismo, en diversos tiempos y lugares, con una variedad tan grande de teorías filosóficas y de análisis de los hechos.

El primer aspecto del liberalismo al que me refiero es el que se pone de manifiesto cuando se le plantea al liberalismo una pregunta que es necesario plantearle a cualquier posición política que se vincula a una teoría filosófica. ¿En qué relación se sitúa esta política con respecto a esa filosofía? Cuando un agente político concreto o un grupo de agentes políticos afirma a la vez una serie de principios políticos y una teoría filosófica en relación con esos principios (y lo mismo sucedería, dicho sea de paso, con una teoría sociológica o con cualquier otra similar), los principios prácticos y la teoría filosófica pueden situarse en dos relaciones bastante diferentes. Por una parte, la teoría filosófica puede consistir, en parte o totalmente, en explicaciones de las principales expresiones que se usan en la articulación, tanto de los principios políticos como de su aplicación a los casos concretos. En ese caso, si no comprendemos la teoría filosófica, no seremos capaces de comprender los principios políticos.

Pero la teoría y los principios pueden estar en una relación bastante distinta. Pues la teoría puede ofrecernos, no una elucidación de los principios políticos, sino una máscara tras la cual se oculta su verdadero significado y su verdadera importancia. La teoría puede ser un instrumento ideológico, que capacita a quienes profesan esos principios a engañar, no sólo a otros, sino también a sí mismos, con respecto a los rasgos y al significado de su acción política. Ya he hecho notar que Wolff no permite la posibilidad de una distorsión ideológica en sus propias explicaciones; y ahora quiero subrayar la importancia que tiene este fallo para permitir ver el liberalismo en sus distintas formas como una ideología.

Es importante observar que Wolff, en su abstinencia del concepto de ideología, concuerda por entero con la última de las máscaras ideológicas del liberalismo, a saber, la de la tesis acerca del "fin de las ideologías". Pero antes de seguir preguntándome por el contenido ideológico del de todas las versiones del liberalismo en los siglos diecinueve y veinte, incluyendo ésta última, quiero hacer notar otro rasgo del liberalismo que le ha pasado desapercibida a Wolff. El liberalismo siempre aparece acompañado y se presenta como aliado, no sólo de teorías filosóficas, sino también de posiciones políticas y económicas de un tipo no-liberal; la creencia en una economía de libre mercado y la creencia en un estado del bienestar son ambas posiciones de este tipo. La razón por la que esto es así, y tiene siempre que ser así, es que el liberalismo, por sí mismo, es siempre algo negativo e incompleto. Es una doctrina política sobre lo que no puede justificarse y sobre lo que no debería permitirse: las interferencias de todo un abanico de instancias con la libertad del individuo. Este carácter esencialmente negativo del liberalismo se deriva de sus antecedentes en el siglo dieciocho. El liberalismo era la doctrina usada para socavar el autoritarismo y la autoridad del *ancien régime*. Lo que es liberal en los escritos de Jefferson y de Robespierre y de otros como ellos, son sus demostraciones del carácter injustificable de la censura, del gobierno de alguien totalmente ajeno a uno mismo, de la negación del sufragio, de la arbitrariedad en los tribunales, y de la imposición de las prácticas religiosas. Es de ellos de quienes el liberalismo hereda su carácter como una serie de negaciones.

De este carácter negativo provienen a la vez las virtudes y los vicios del liberalismo. Las virtudes residen en la afirmación de los valores de la tolerancia y de la libertad de expresión; en esta cuestión yo estoy plenamente del lado de los valores liberales y en contra de Wolff. Pero ya he defendido esa posición en

otro lugar y no voy a repetir esa defensa aquí.² Los vicios del liberalismo se derivan de la negación permanente de los liberales a reconocer el carácter negativo e incompleto de su liberalismo. Los preceptos del liberalismo nos obligan a ciertas restricciones en nuestras actividades políticas; pero no nos ponen delante ningún fin que perseguir, ningún ideal o ninguna visión que puedan dar significado a nuestra acción política. Nunca nos dicen qué es lo que hay que hacer. De aquí que ninguna institución, ninguna práctica social, puede estar inspirada solamente, o ni siquiera principalmente, en el liberalismo; y por ello cualquier institución o cualquier práctica social, que pretende estar inspirada en él —como la universidad “liberal” o el estado “liberal”— es siempre un fraude.

¿Por qué los liberales no son capaces de reconocer esto? Parte de la respuesta es que hay otro elemento constante en el liberalismo, un modo de percibir el mundo social y el lugar del hombre en ese mundo, que está recibido con frecuencia en un nivel tan profundo que no se identifica siquiera como un modo contingente y alterable de ver el mundo, sino que se percibe ingenuamente como *el* modo de ser del mundo. ¿Cuáles son los rasgos fundamentales de esta visión distorsionada y distorsionante?

Hay en primer lugar un moralismo *abstracto*, una apelación a unos principios muy generales para abordar unas cuestiones muy concretas. Al liberalismo le faltan lo que los escolásticos llamaban “axiomas medios”, métodos de interpretar y de meditar los primeros principios. De aquí que se apela siempre a la moralidad, y los liberales tienden a ser exhibicionistas morales, con todo lo que tiene de desagradable el uso habitual de un tono moral subido. Íntimamente unido a esto está una visión del individuo como la fuente de todo valor y el “lugar” de todo valor. El individuo afronta un ámbito de hechos concretos con los juicios de valor que él ha escogido. El hecho es una cosa, el valor es otra, e incluso si el individuo se obliga a sí mismo a adherirse a los valores de la comunidad, como Wolff quiere que haga y T. H. Green quería que hiciera, pertenece a la autonomía del individuo el juzgar qué valores pertenecen a la esencia de la moralidad. Podemos comprender en verdad el poder que tiene esta imagen liberal de la relación entre la elección del individuo, el hecho y el valor cuando nos damos cuenta de cómo T. H. Green, cuya filosofía entraba en aspectos fundamentales en contradicción con ella, tuvo que buscar de hecho un compromiso con ella.

En tercer lugar, hay una consiguiente visión de la política como el ofrecimiento de alternativas a los individuos racionales, que luego hacen unas elecciones de las que son moralmente responsables. La política correcta es la que ofrece los valores correctos a los individuos, y si ellos los rechazan, entonces tenemos derecho a condenarlos a menos que estuvieran imposibilitados para ponerlos por obra por una ignorancia invencible. Así pues, la visión liberal de la política es ideológica precisamente en cuanto que nos oculta de la mirada todos esos hechos sociales que tienen que ver con la ideología. No resulta accidental que los liberales se inclinen a algo semejante a la tesis del “fin de las ideologías”.

Sobre estos tres puntos deseo hacer dos comentarios. El primero es que todas estas posiciones característicamente liberales aparecen en el libro de Wolff como posiciones propias de Wolff que, tal como él parece creer, tienen que distinguirse cuidadosamente del liberalismo tal como Wolff lo describe. ¿Cómo

² Véase Alasdair MacIntyre, *Herbert Marcuse: An Exposition and a Polemic*, Viking, New York, 1970.

es esto así? Wolff mismo argumenta, y con razón, que el conservadurismo americano y el liberalismo americano están conceptualmente entrelazados entre sí de tal modo que tienen mucho más en común de lo que a los adherentes de cualquiera de las dos posiciones les gustaría creer. Y yo pienso que la adhesión de Wolff en su libro a posiciones liberales es prueba de que lo mismo es verdadero también del liberalismo americano y del radicalismo americano. Engels se quejaba en una ocasión de que Inglaterra tenía un proletariado burgués y una aristocracia burguesa además de una burguesía burguesa. Nosotros podríamos quejarnos también de que América tiene unos liberales conservadores y unos liberales radicales además de unos liberales liberales.

En el caso de los conservadores, la posición moralista es evidente. El liberalismo de los contextos europeos —a diferencia del conservadurismo y del socialismo— ha sido único en su actitud puramente negativa con respecto a la tradición, un negativismo que se fundamentaba en su negativismo general. Pero el conservadurismo americano no tiene tradición, no tiene un pasado que recuperar que no sea un pasado liberal; y el tono sermonario del moralismo abstracto es el tono dominante del conservadurismo americano. El radicalismo en América es también esencialmente una forma más de liberalismo, un liberalismo que ha perdido los papeles frente a la realidad social por ser tan irremediablemente resistente al liberalismo, y que por lo tanto se vuelve, como hace Wolff, contra “el pueblo” en forma de acusación. Para librarnos del liberalismo, por tanto, el radicalismo no es la medicina adecuada. Marx ya había visto esto cuando fustigaba a los jóvenes radicales hegelianos; y si el Marxismo no va a hacernos hoy el trabajo de darnos esa crítica fundamental de la sociedad liberal y del pensamiento liberal que necesitamos en orden a transformar radicalmente la sociedad, al menos podemos aprender de él por dónde *no* hay que empezar.